INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Los estudios del arte náhuatl

Eduardo Matos Moctezuma

Cuando los *Estudios de Cultura Náhuatl* abrieron sus páginas por primera vez allá por 1959, entre los postulados que marcaban el derrotero de la publicación se decía en el "Proemio" por parte del padre Ángel María Garibay Kintana que la cultura náhuatl tenía tres fases. La primera la caracterizaba como la existencia de la misma independiente "de todo influjo de pueblos europeos". La segunda consistía en la reacción ante la invasión de una cultura extraña, y la tercera en la supervivencia —"y a pesar"—, agrega don Ángel María Garibay, de la cultura impuesta. Con ello se abrían las puertas a múltiples presencias emanadas del legado que los pueblos nahuas habían dejado en el pasado y también en la actualidad. De todos ellos, las expresiones artísticas son una de las esencias fundamentales del poder creador del hombre que de muchas maneras dejaba su impronta en su concepción del universo y a través del lenguaje por medio de la literatura; en la maleabilidad del barro; en los vértices arquitectónicos; en el muro hecho color y en muchas cosas más. Diversos son, pues, los caminos por los que el artista nahua transitó para darnos sus obras, las que, una vez analizadas por el especialista, nos dicen de la manera de transformar el universo circundante para convertirlo en esencia a través de arcanos insondables que caracterizan el devenir de un pueblo.

En lo referente a las expresiones estéticas, Justino Fernández con sobrada razón comenta lo siguiente en el artículo que publica en el primer volumen de la revista:

> No es por el lado de semejanzas o diferencias con el arte clásico griego y romano como debe juzgarse de la calidad artística de las obras escultóricas del antiguo mundo mexicano, puesto que se trata de ideales y expresiones distintos que deben ser considerados por sus valores estéticos propios (p. 31).

Sabias palabras que marcan una directriz para quienes se dedican al estudio y análisis de las obras artísticas del pasado y del presente. Para indagar acerca de estas expresiones fue necesario acudir como singular apoyo a los índices que prepararon el doctor Víctor Castillo Farreras y el maestro Roberto Moreno de los Arcos en lo referente a los primeros diez volúmenes

de *Estudios de Cultura Náhuatl*, y los subsecuentes números, del 11 al 20, dispuestos por la doctora Ascensión H. de León Portilla. De este primer acercamiento pasamos a revisar los 49 volúmenes editados hasta el momento para conocer del contenido de los artículos que de arte tratan. Cabe advertir que muchos trabajos, aunque referidos a otros temas, pueden guardar alguna relación con las expresiones artísticas, pero nuestra intención es comentar solamente algunos de ellos, a manera de ejemplo, cuyo motivo central es el de la estética.

Ya nos advierte el doctor Miguel León-Portilla en el prefacio de la compilación hecha de los volúmenes I a X que "Estudios de contenido estético sobre el arte náhuatl son los de Justino Fernández, Jorge Alberto Manrique, Samuel Martí y Josefina Fernández Barrera" (p. 6). Precisamente en el volumen I contamos con el aporte del historiador del arte Justino Fernández titulado "Una aproximación a Xochipilli", en la que el investigador profundiza en esta escultura que representa a la deidad sentada y con el cuerpo adornado de flores. Algo que atrae su atención es la máscara que cubre el rostro del personaje y que el autor relaciona con la tierra (p. 31-41).

En el volumen II, editado en 1960, Samuel Martí nos brinda su trabajo "Simbolismo de los colores, deidades, números y rumbos" (p. 93-127) en el que atiende estos temas viendo la importancia del color en todos ellos y es una interesante aproximación a un mundo en donde todos estos aspectos están íntimamente unidos. Los dibujos, por cierto, son de Abel Mendoza, artista que pintó el pasado prehispánico. También se cuenta con la colaboración de Jorge Alberto Manrique, quien nos da "Introducir a la divinidad en las cosas: finalidad del arte náhuatl" (p. 197-207), en donde el autor presenta tres textos, mismos que analiza para decirnos:

> Un análisis general de los tres textos presentados permite inmediatamente advertir que van más allá del concepto de simple artesano y que, en varias partes, hay ideas que se refieren a un artista en la amplia acepción de la palabra; como un creador consciente de la obra que está realizando, y justamente cifran su calidad de artista no sólo en la perfección y el cuidado que ponen en el objeto que fabrican, cualquiera que sea, sino en esa conciencia de creadores, en esa posibilidad de poner algo suyo y algo de la divinidad en los objetos, y darles así una categoría superior (p. 201-202).

Y de aquí pasamos al volumen IV publicado en 1963 y dedicado al padre Garibay con motivo de su muerte, en donde una vez más vemos la colabo-

ración de Justino Fernández en la que hace "Una aproximación a Coyolxauhqui" (p. 37-53). Después de describir la famosa cabeza decapitada de diorita encontrada en las primeras décadas del siglo XIX en el centro de la ciudad de México, ya para concluir nos dice lo siguiente: "En su aparente serenidad, Coyolxauhqui expresa la belleza trágica que la cultura náhuatl supo llevar a los más altos niveles". Aquí, el estudioso logra captar, en efecto, esa "belleza trágica" que se expresa en el rostro de la figura de la diosa muerta por su hermano Huitzilopochtli en singular combate en el cerro de Coatepec. Muchas veces me he preguntado cuál hubiera sido la opinión de don Justino ante la figura de cuerpo entero, decapitada y desmembrada, de la Coyolxauhqui del Templo Mayor encontrada en 1978. La muerte del mismo investigador en diciembre de 1972 nos impidió conocer su parecer.

El volumen V (1965) incluye el trabajo de Josefina Hernández Barrera "El arte textil entre los nahuas" (p. 143-152), en donde se hace ver que también en la elaboración de vestimenta y en otros aparejos las hilanderas dejaron fuerte huella desde la perspectiva estética. Una enumeración de los pasos para crear estas prendas y la captación de la riqueza expresiva de las mismas son llevadas a cabo por la autora agregando así un material que, como éste, llamó la atención de los españoles cuando visitaron el palacio de Moctezuma y observaron a las tejedoras elaborando atavíos para el tlatoani.

Una vez más tenemos la presencia de Justino Fernández cuando trata acerca de "El Mictlán de Coatlicue" (p. 47-53) en el volumen VI publicado en 1966. Interesantes resultan las observaciones de quien nos había dado con profusión de detalles las características de la madre de los dioses en su célebre ensayo *Coatlicue: estética del arte indígena antiguo,* editado en 1954.

Y de aquí damos un gran salto hasta el volumen 17 en donde se cuenta con un artículo de la doctora Esther Pasztory, estudiosa del arte mesoamericano, titulado "El arte mexica y la conquista española" (p. 101-104). Cuatro esculturas son motivo de su atención: la efigie de Moctezuma II labrada en una roca en Chapultepec; la caja de piedra verde; una de las ataduras de los años y la estatua de Stuttgart. La autora observa que las cuatro piezas guardan relación entre Quetzalcóatl y el tlatoani y considera que todas ellas fueron elaboradas en años cercanos a la conquista peninsular.

El volumen 19 llama la atención pues en la sección de reseñas hay una de ellas escrita por el doctor León-Portilla sobre el libro *Crónica en barro y piedra. Arte prehispánico en la colección Sáenz*, de la autoría de Jacqueline Larralde de Sáenz. Esta obra fue editada por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM en 1987.

Un estudio interesante aparece en el volumen 22 (1992) con el tema "Peintures faciales de la femme mexica" de Edith Galdemar, en donde pone especial atención en las diversas manifestaciones de lo que atañe a los cosméticos empleados por las mujeres, su proveniencia y características. Destaca el uso de pinturas de origen animal, vegetal y mineral en determinado tipo de mujeres. Lo incluyo en este apartado por referirse al uso de colores especialmente faciales pues guardaban un simbolismo específico aunque no se trate, en sentido estricto, de obras de otro tipo.

El volumen 36 es portador de un interesante trabajo titulado "Línea y color en Tenochtitlan, escultura policromada y pintura mural en el recinto sagrado de la capital mexica" (p. 15-45), de la autoría de Leonardo López Luján, Giacomo Chiari, Alfredo López Austin y Fernando Carrizosa. Los autores tratan acerca del estudio del color, el estudio de la técnica empleada y plantean el definir el estilo pictórico mexica al comparar diversas expresiones de otros tantos sitios aztecas. La paleta del mexica —nos dicen los autores— se centraba alrededor de los colores rojo, ocre, azul, blanco y negro. Muy importante resulta la utilización de diversas técnicas de laboratorio para determinar las propiedades de los colores a la vez que se acude a la documentación escrita para aclarar lo que a ellos se refiere. Considero que este escrito marca un parteaguas con otros trabajos que atienden lo relativo al arte, pues proporciona buena cantidad de datos que bien puede aprovechar el estudioso del arte antiguo en sus aproximaciones al tema.

"Un excepcional mosaico de plumaria azteca: el tapacáliz del Museo Nacional de Antropología": con este título unen esfuerzos una restauradora, un arqueólogo y una bióloga, para darnos en el número 38 (2007, p. 85-100) la historia, los ingredientes y otros aspectos de esta pieza única que forma parte del Museo Nacional de Antropología. Los autores (Laura Filloy, Felipe Solís y Lourdes Navarijo) nos llevan a través de los avatares de esta pieza para pasar al estudio de la materia prima de la que hay que destacar el uso de la cera de abeja identificada en la Universidad Estatal de California en San Bernardino. Independientemente del exquisito arte de los amantecas plasmado en esta pieza del siglo XVI, los autores ponen hincapié en los diversos materiales empleados en su elaboración como fueron el algodón, la cera de abeja, el pato golondrino, el zanate mexicano, el tordo amarillo, la guacamaya y la cotinga azul, indicadores del aprovechamiento que se hizo de ecosistemas diferentes para obtener la materia prima utilizada.

En este mismo volumen tenemos la aportación de Miguel León-Portilla cuando se refiere a "La música en el universo de la cultura náhuatl" (p. 129-

163). En su escrito hace ver las propiedades de este arte desde su nacimiento ligado a los dioses: "De esta suerte la música fue también un regalo divino en el mundo náhuatl", nos dice el editor de *Estudios de Cultura Náhuatl*, hasta la presencia de la música en restos arqueológicos, en los códices y en otras manifestaciones, además de su inseparable relación con cantos y poemas. Nos da algunos ejemplos de lo anterior como es el caso de este canto que dice así:

> ¡Que yo contemple
> cómo están riendo las flautas de jade!
> Con tambores floridos se llaman.
> ¿Acaso ellos, los príncipes,
> los señores, hacen resonar,
> agitan los atabales color de turquesa? (p. 157)

Los ejemplos que hemos visto nos dan una idea clara de los aportes que en materia del arte antiguo y moderno náhuatl han sido incluidos en *Estudios de Cultura Náhuatl*. No están aquí presentes algunos otros más que tocan aunque sea de manera colateral el tema de la estética, aunque viene a cuento señalar que en el campo de la literatura náhuatl muchos son los artículos que a ello se refieren pero no necesariamente desde la perspectiva del arte. Sin embargo, quiero comentar una percepción que salta a la vista: las primeras colaboraciones referidas al arte tratan de dar una idea del objeto o del tema estudiado en que el enfoque de la estética está plasmado, lo que va a cambiar en posteriores trabajos en donde más bien se acude a análisis que enriquecen el conocimiento de los materiales empleados, pero no tenemos estudios que los acompañen desde el punto de vista estético. Este fenómeno lo he visto patente en obras que, teniendo como punto central el estudio de murales (como los de Cacaxtla, por ejemplo), tratan de sus características desde varios aspectos pero en los que no hay, insisto, un análisis estético de los mismos. ¿Cosa de los tiempos en que vivimos en donde la tecnología ha logrado alcances insospechados siendo un aliado indispensable para mejor comprender la obra del hombre? No lo sé, pero sí percibo que los avances tecnológicos han venido a enriquecer, sin lugar a dudas, el conocimiento acerca de aspectos inmersos en las obras de arte, pero en cuanto a un análisis a fondo de lo propiamente estético en los estudios del arte antiguo, de la estética pasamos a la estática…